

ALFAGUARA



Margarita García Robayo

Cosas peores



Premio Literario
Casa de las Américas 2014

Margarita García Robayo

Cosas peores

Alfaguara

SÍGUENOS EN



Me Gusta Leer Colombia



@megustaleerco



@megustaleerco

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Every street lamp that I pass
Beats like a fatalistic drum

T. S. ELLIOT, *Rhapsody on a windy night*

A los que ya no están

COMO SER UN PARIA

En la televisión pasaban el comercial del gordo que había adelgazado con un té: *mi hijo me pidió que no fuera a su partido de fútbol y yo le pregunté ¿por qué, acaso te doy vergüenza?* —el exgordo lloraba, le pedía a la cámara que no lo filmara, la cámara lo filmaba igual—. Inés lagrimeaba con ese comercial. No estaba gorda, nunca había sido gorda, pero el drama del tipo le tocaba alguna fibra.

Esa mañana había intentado hablar con Michel. Desde el día de la mudanza no tenía noticias de él. Le marcó al celular y no contestó; quizá estaba trabajando. Recién le había vuelto a marcar, pero tampoco. Todavía no era mediodía y ya estaba agotada. La noche anterior había soñado que se le caían los dedos de los pies. Últimamente le dolían los pies y a veces los sentía como gangrenados. Era una sensación parecida a la que tuvo aquella vez en Boston, cuando las piernas se le paralizaron. Michel estaba haciendo su posgrado y ella había ido a visitarlo: era invierno. El médico de allá le dijo que tenía graves problemas de circulación. «¡Como cualquier pinche avenida!», contestó Inés, jocosamente, pero ni el médico ni Michel se rieron de su chiste.

El exgordo había cambiado de locación y de vestuario; ahora, enfundado en un traje negro, posaba en un balcón con vista a una ciudad con muchas luces: *hacía años que no me veía el pene*.

—Pene —repitió Inés—, qué fea palabra.

—Buenos días, señora.

En la puerta del estudio estaba la mujer que limpiaba. Tenía un vestido de botones hasta el cuello, con el calor que hacía. Inés apagó el televisor.

—Buen día...

No recordaba el nombre, era la segunda vez que la veía.

—Glenda, señora.

Inés asintió. Glenda también asintió, entró al estudio y le dio un sobre que estaba en el buzón.

—Gracias.

Inés se incorporó, se aplastó el pelo con las manos. Se sentía áspero, como la barba incipiente de un hombre.

—Estaré en la cocina por cualquier cosa.

Glenda se dio vuelta. Era una morena grandota, de voz muy grave.

El sobre traía una tarjeta que decía «Brunch». La enviaban del condominio Las Palmeras y estaba dirigida a Gerardo y a ella, con nombre y apellido. Se preguntó cómo habrían averiguado eso. Llevaba una semana ahí, escasamente.

Salió del estudio con la tarjeta en la mano. Atravesó la sala, abrió las persianas y la luz entró como un chorro de agua con mucha presión. Entrecerró los ojos. Los obreros recién llegaban; estaban arreglando una tubería podrida. El jardín hedía. Era una casa de campo vieja, herencia de una tía soltera de Inés, y en la familia nadie la usaba. Su hermana le había dado la idea de que se instalara allí por un tiempo, mientras terminaba de recuperarse. Michel la había ayudado a mudarse, incluso Gerardo la ayudó. Todos la querían lejos. «Es cáncer, no lepra», les había dicho ella. La miraron ofendidos.

Se sentó en el sofá. Si iba al *brunch* tendría que hacerse algo en la cabeza.

En la mesita de centro había una revista *¡Salud!* —Michel le había llevado algunas para que se distrajera—; la portada era una mujer mayor comiendo frutos secos con el gesto de una ardilla. Pensó que debía ir al *brunch* y conocer a sus vecinos. Al fin y al cabo iba a vivir allí por un tiempo. Un año. Eso les había dicho a todos. A Michel, a Gerardo, a su hermana. Se abanicó con la revista y miró afuera: los obreros desenfundaban las herramientas lentísimo.

—Señora. —Era Glenda. A Inés se le cayó la revista al piso. La mujer había aparecido de la nada—. ¿Va a desayunar?

—No, gracias.

—¿Ya tomó sus medicinas?

—No, más tarde.

Inés se aplastó el pelo con las manos, levantó la revista y la puso en la mesita. ¿Por qué tenía que preguntarle eso?

—Yo creo que debe desayunar, señora, no puede tomarse las medicinas con el estómago vacío.

—No, pero no quiero.

Glenda se aclaró la garganta:

—Muy bien.

Se dio vuelta y condujo su cuerpo bamboleante a la cocina.

Inés sacudió la cabeza. Se levantó del sofá, subió las escaleras despacio. Repasó la ropa que podría ponerse.

Un sombrero, tendría que usar un sombrero.

*

El condominio era un clásico lugar californiano de película. Como de mafioso venido a menos: balcones redondeados, palmeras altas plantadas simétricamente, una al lado de la otra, formando un círculo que contenía una laguna artificial. Después, a cada lado, estaban las casas en hilera, todas iguales, con sus terrazas enfrentadas. Inés estaba en una de esas terrazas, sentada en una silla de mimbre. Un muchacho de bermuda blanca y guayabera celeste se le había sentado al lado. Sorbía su trago. En medio de las dos sillas había una sombrilla azul.

—Madre hace unos daiquiris frutales fabulosos —dijo el tipo.

Inés asintió.

¿Madre? ¿Quién hablaba así?

El tipo se llamaba Leonardo y estaría por los cuarenta. Trabajaba en bienes raíces, le había dicho. La anfitriona era su madre, Susana, que se acercaba con dos nuevos vasos coloridos. Le extendió uno:

—¿Otro?

Inés alzó la cara para mirarla. Susana se había parado a contraluz. Una aureola tornasolada le rodeaba la cabeza teñida de rojo ciruela.

—Gracias.

Recibió el daiquiri que, según habían anunciado, era una mezcla de cítricos. El médico le había dicho que todavía no tomara alcohol. «¿Ni una copita?, le preguntó Inés. Cuánta mezquindad». Entonces le dijo que una copita podía ser, pero que no se excediera porque tenía que recuperar defensas.

Susana se sentó en las piernas de su hijo, revolvió su vaso con el pitillo y se lo tomó todo en un trago largo. Inés probó el suyo, estaba demasiado dulce.

—¿Te contó Inés dónde vive, mi amor? —dijo Susana. Leonardo negó con la cabeza—. En esa casa que estaba semiderruida, pero que ahora Inés y su marido, que se dedica a... —Susana frunció el ceño y la miró: tenía delineador azul—. ¿Qué hace exactamente tu marido?

Inés mudó los ojos a su trago dulzón. ¿Cómo podía contestar eso? Uno: ya no era su marido. Dos: nunca entendió qué era lo que hacía. Ella nunca tuvo una respuesta tipo, como la mayoría de mujeres con marido. Había escuchado esas respuestas: nunca debía ser una frase completa como «mi marido se dedica a...»; eso era impreciso y daba la sensación de que se necesitaba demasiado tiempo para pensar algo que debía tenerse claro. Había juegos de preguntas y respuestas en los que esa formulación te quitaba puntos: «Los animales crustáceos son aquellos que cuentan con las siguientes características...». Era trampa. Las posibles respuestas a la pregunta de Susana debían ser directas, cortas, expeditivas: «¿Qué hace exactamente tu marido?». «Estudios de suelo»; o bien: «Manuales de computación»; o bien: «Peceras de acrílico».

Susana se había vuelto hacia su hijo:

—En fin, que Inés y su marido arreglaron esa casa y quedó impecable. Es lo que dicen. ¿No es así Inés?

Inés asintió. ¿Quién podía decir eso? Pensó en la tubería podrida que atravesaba su jardín. Después pensó en el comercial del exgordo que llora: *era como ser un paria*.

—...es un chalet muy sólido y coqueto, aunque... —ahora era Leonardo el que hablaba.

Inés sorbió el trago. El líquido frío le bajó muy rápido por la garganta y quiso toser pero se contuvo. De pronto se sintió mal vestida: era el sombrero, debía parecer una campesina.

—...Tiene problemas en las cañerías y las instalaciones eléctricas.

Leonardo estaba quedándose calvo. El sudor se le acumulaba en las entradas donde no llegaba el pañuelo que cada tanto se pasaba por el contorno de la cara. Las entradas le brillaban y la luz del sol rebotaba dando la sensación de que de su cabeza salían rayos. Pero no era feo: era alto, rubión y tenía una de esas narices grandes y rectas que le dan un aire refinado a ciertos muchachos. Michel tenía la nariz chiquita, pero mucho pelo en la cabeza.

—Dicho lo cual —seguía Leonardo—, no entiendo qué te llevó a mudarte allí y no buscar una opción más comfortable, dadas las circunstancias.

¿Qué circunstancias?

Susana se paró súbitamente, soltó una risita idiota. Se la veía avergonzada por la pregunta de su hijo.

—Hijo —dijo, con la mano en el pecho caído, pero todavía redondo gracias a los implantes—, no puedes preguntarle eso a Inés, por el amor de Dios.

Susana tenía sandalias planas color azul, como su delineador, como la sombrilla, como la camisa de Leonardo. Debía estar por los sesenta y pocos. Inés tenía cincuenta y siete, pero se sentía de cien. Sorbió lo último que quedaba en su vaso. En la piscina había gente flotando en colchones inflables. Inés no decidía si le gustaban o no las piscinas. Gerardo las odiaba —*después de estar adentro y sumergirse, ¿uno qué hace?*

Susana, con una torpeza monumental, seguía disculpando la imprudencia de su hijo. Inés trató de fijar la vista más allá de las palmeras, que marcaban el recorrido del río y se perdían en un descenso de ladera. Un mesero se acercó con una bandeja de daiquiris. Esta vez también había un whisky. Inés lo agarró:

—Creo que seguiré con esto.

*

La galería era el lugar más fresco de la casa, pero estaba hedionda. Los obreros trabajaban enfrente y el olor de las tuberías podridas pegaba muy fuerte. A Glenda se le había ocurrido sembrar antorchas en el jardín; no era mala idea: las había armado con estacas y pedazos de trapo mojados en citronela, un aceite dulzón y alimonado que espantaba los mosquitos. Había otros trapos que mojaba en una esencia de jazmín y el resultado era un vaho penetrante y ácido, con algunos momentos empalagosos. Un olor horroroso, pero más tolerable que el de la tubería podrida.

Esa mañana nadie había encendido todavía las antorchas. Los obreros debían haber perdido el olfato porque allí estaban, sentados en el pasto, comiendo de unos platos hondos que recién les había llevado Glenda y tragándose ese olor.

—¿Va a almorzar, señora?

Glenda la sorprendió. Siempre hacía lo mismo. Era un misterio cómo una mujer tan enorme podía llegar hasta su costado sin hacer ruido.

—¿Por qué no han prendido las antorchas? —preguntó Inés.

—Ahora las prendo —dijo Glenda. En su cara siempre había una mueca de disgusto—. ¿Quiere que le sirva?

—¿Qué hora es?

—La una, ¿le sirvo?

—¿Qué cocinó?

Resopló:

—Pollo al horno y torta de maíz. Era todo lo que quedaba.

—Eso está bien, gracias.

—No queda nada de comer, señora.

—Le diré a Michel que me traiga un mercado.

—Llegó esto.

Glenda se sacó un sobre del bolsillo del delantal y se lo extendió. Inés lo abrió: era otra invitación de Susana. Al día siguiente haría una reunión con motivo de las fiestas de la Virgen del Carmen.

Glenda seguía allí, el hocico estirado y la mano en la nariz, tapándose con disimulo.

—¿Qué le pasa? —le preguntó Inés.

—Nada.

Glenda se fue a la cocina y regresó casi enseguida con una bandeja que ya debía tener servida. La puso en la mesa: un pollo blanquizco con un mazacote amarillo al lado. Todo se veía frío y seco. Inés sintió ganas de vomitar; se llevó una servilleta a la boca y apagó el sonido de un eructo ácido que le quemó la garganta. Le pasaba eso desde los whiskys del condominio, hacía un par de días.

—Me imagino que sabe que una no va a venir hasta el martes, señora —dijo Glenda, que seguía allí, tiesa como una momia.

—¿Qué dice?

—Yo no vengo, y supongo que los muchachos tampoco —señaló a los obreros.

Inés apartó el plato del almuerzo, asqueada.

—No entiendo de qué habla, ¿cuándo no van a venir?

Glenda respiró hondo.

—Mañana viernes, y hasta el martes. En estos días no se trabaja porque son las fiestas de la Patrona. Y yo pensé... —se volvió a aclarar la garganta.

—¿Qué pensó?

—Que por ahí quiere decirle a su hijo que venga a acompañarla —y se metió en la cocina sin dejarla contestar.

Michel la había llamado el día anterior. No estaba de acuerdo con que se hubiera ido a esa fiesta en el condominio. «No era una fiesta, era un *brunch*», le dijo Inés. Y él contestó: «Puedo olerte el tufo por el teléfono». Atrevido. Ella le colgó. No le dijo nada para no pelearse, pero le colgó. Cada vez se parecía más a Gerardo: mandón y prejuicioso. Y ella se había convertido en la hija boba de ambos.

Volvió a mirar el jardín: las antorchas apagadas, los obreros sentados en el piso, tragándose ese olor. Estaba tan cansada. Subió al cuarto, pero le costó; las escaleras parecían más empinadas que de costumbre.

*

Hacía demasiado calor como para tener a Gerardo encima. Inés lo empujaba y le decía que ahora no, que después, cuando refrescara. Pero Gerardo seguía aplastándola con su cuerpo sudado que olía agrio. Inés lo mordió en el pecho y se quedó con un pedazo de carne en la boca, y ni así Gerardo se movió. Se quedó más quieto todavía, como un saco de arena. Inés respiró despacio, aspirando el restito de aire que quedaba entre su cara y el pecho ensangrentado de Gerardo. Volvió a morderlo, a sacarle más pedazos de carne hasta que llegó al corazón, un globo sanguinolento muy inflado que, cuando ella le metió el diente, explotó.

El ruido la despertó: abrió los ojos. Seguía en la tumbona. Tuvo que aspirar bien hondo el aire tibio y hediondo del jardín, porque sintió que se ahogaba. Se tocó la frente con el dorso de la mano: estaba helada, pero se sentía caliente por dentro. Le dolía el pecho, le dolían los pies. ¿De dónde había venido ese ruido? Al lado de la tumbona había un balde que hacía varias horas contenía hielo. Ya no quedaba ni el agua; ella se la había echado encima antes de quedarse dormida.

Se había pasado todo el día en calzones y brasier, aprovechando que estaba sola. Se levantó para buscar más hielo y algo de tomar. Atravesó la galería, entró a la cocina y abrió la nevera: solo había agua. Sacó más hielo del congelador, llenó el balde. Fue al baño de servicio y orinó. Después se metió bajo la ducha, que era ínfima. Pensó que allí no podría bañarse cómodo un insecto. Salió mojada hasta la cocina, agarró un trapo de limpiar y se secó la cara. El trapo olía a cebolla, lo tiró a la basura. Abrió la despensa, sacó una almohadilla de pan y untó una torreja con mayonesa. Era lo primero que comía en el día. Volvió afuera, se paró frente al terreno agrietado. El hueco por el que pasaría la tubería era el corredor sin techo de la casa de un gran topo. No se oía nada, solo pájaros y, cada tanto, la bocina de un bus lejano. Inés volvió a la tumbona. Se acostó y cerró los ojos.

Otra vez, la explosión.

Cuando abrió los ojos descubrió en el cielo puntos de colores. Tardó unos segundos en entender que eran fuegos artificiales. Venían del pueblo. Eran por las fiestas de la Virgen, seguramente. Al rato oyó el citófono. Tenía un timbre rarísimo, apagado y nasal. Era uno de esos aparatos que habían sido modernísimos en los sesenta. Se levantó, atravesó la galería, entró a la cocina y miró el reloj. Las siete. El citófono volvía a sonar.

—¿Sí? —contestó.

—Señora, soy el celador de la cuadra, vengo a traerle un sobre.

—Ya —sintió la boca pastosa—, por favor, déjelo en el buzón.

El hombre dijo que bueno. Ella esperó a que se fuera, salió hasta la puerta y sacó el sobre del buzón. Era una nota de Susana. Decía que había estado llamándola por teléfono, que no había podido comunicarse y que no dejara de ir a la fiesta de esa noche; le enviaría un chofer a las ocho, para asegurarse. Inés entró a la sala y alzó el teléfono. Estaba muerto.

Se bañó. Se puso su vestido turquesa, que era liviano. Se aplastó los pelos y se amarró una pañoleta de seda que le había regalado Michel. Se puso unas sandalias planas, porque los pies no le resistirían otros zapatos: estaban hinchados. Antes de irse alzó el teléfono para ver si tenía tono. Nada.

*

Alguien le hablaba de lejos. Y todavía más lejos, como detrás de un vidrio, se oía otra voz:

—*¡Gracias a todos los huecos en los que alguna vez enterré mi verga!* —Era el amigo de Leonardo.

Inés giró la cabeza y lo vio encuero, en el trampolín de la piscina, usando una botella de micrófono.

—*Gracias por este premio* —ahora alzaba la botella al frente, con ambas manos—, *mi culo sabrá disfrutarlo.*